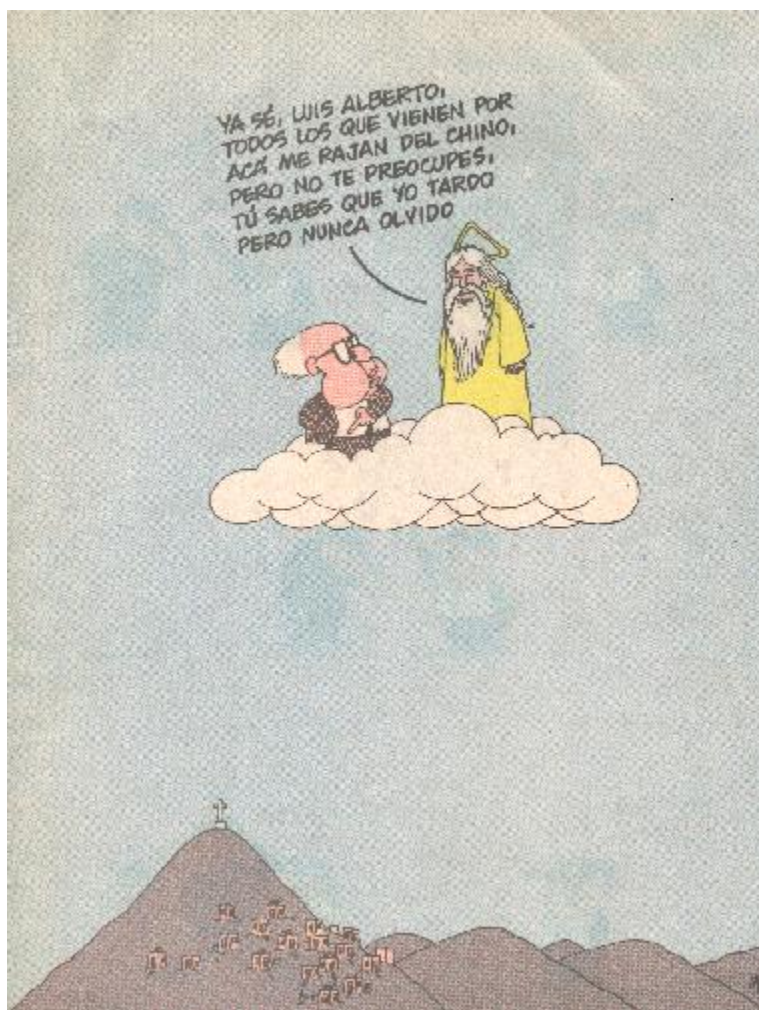


Homenaje a Luis Alberto Sánchez



Centenario de LAS 1900 –12 de octubre– 2000



Dossier Sánchez: Aporte al Centenario

Por Hugo Vallenás

A continuación, un conjunto de elementos informativos y de análisis sobre el gran maestro, acompañado de dos capítulos de una biografía novelada no publicada en el Perú: «Valdivia, el fundador» (Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1941). En los datos biobibliográficos sólo ha sido consignado el año de aparición de la primera edición de cada título. Para mayor información sobre las distintas reediciones puede consultarse «LAS: guía bibliográfica» (Lima, 1994) del autor de estas líneas.

1. Luis Alberto Sánchez :Datos biobibliográficos básicos

1900-1916

Nace en Lima el 12 de octubre. Sigue estudios escolares en los SS CC de La Recoleta. Publica cuentos y semblanzas históricas en el *Boletín Escolar* recoletano. A los 16 años participa del grupo literario que publica *Lux*, firmando colaboraciones como "Rafael D' Argento". Conoce a Valdelomar, Mariátegui y otros escritores. Colabora en las revistas *Ariel* y *Sudamérica*.

1917-1926

Ingresa en 1917 a la Facultad de Letras de San Marcos. Participa en la Reforma Universitaria de 1919. Escribe artículos y reportajes para *Hogar*, *Mundial*, *El Tiempo* y otros. Trabaja como Secretario en la Biblioteca Nacional. Graduado en Filosofía y Letras en 1922. Docente en el Colegio Alemán. Largo viaje reporteril sudamericano en 1923 "tras las huellas del Libertador". Graduado de abogado en 1926.

Primeros libros:

1918: *Breve noticia de la fundación y transformaciones de la Facultad de Letras*. (Coautores: L A Loayza y R. Saavedra Pinón)

1919: *Los poetas de la Revolución* (ponencia para el Conversatorio Universitario)

1920: *Nosotros. Sobre el nacionalismo literario en el Perú* (tesis de bachiller).

1921: *Los poetas de la Colonia* (Euphorion, Lima)

1922: *Elogio de don Manuel González Prada* (Torres Aguirre, Lima)

1924: *Diego Dávalos y Figueroa* (Monografía UNMSM)

1925: *Sobre las huellas del Libertador* (Rosay, Lima)

1927-1931

Catedrático de San Marcos desde 1927. Ejerce abogacía y periodismo de opinión. Organiza curso integral de Literatura Peruana. Polemiza con J. C. Mariátegui sobre el indigenismo. Viaja a Chile en 1930 como profesor visitante. Preside Asociación Nacional de Periodistas.

Se interesa por la política. Se afilia en el aprismo en 1931. Es elegido al Congreso Constituyente en octubre.

Libros publicados:

1927: *Don Ricardo Palma y Lima* (Premio Literario Municipal de 1926).

1927: *Góngora en América. El Lunarejo y Góngora* (El Sol, Lima e Imp. Nacional, Quito)

1928: *La literatura peruana*. Tomo I. (Talleres Perú, Lima)

1928: *Se han sublevado los indios. Esta novela peruana* (Opinión Nacional, Lima)

1929: *Programa de literatura americana y del Perú* (Talleres La Prensa, Lima)

1929: *La literatura peruana*. Tomo II (La Opinión Nacional, Lima)

1930: *Don Manuel* (Rosay, Lima)

1931: *Don Manuel* (traducción al francés, Excélsior, París)

1932-1945

Intensa actividad política. Exiliado en febrero de 1932. Profesor visitante y periodista en Cuba, Centroamérica y Ecuador. Retorno al Perú en agosto de 1933 y nuevo destierro, a Chile, en diciembre de 1934. Catedrático, periodista y editor en Chile y luego en Buenos Aires. Viajes diversos como conferencista y catedrático, incluidos los EE UU. Regresa al Perú en 1945 y es elegido diputado.

Libro publicados:

1932: *América, novela sin novelistas* (Librería Peruana, Lima)

1932-1934: (Folletos proselitistas y textos escolares diversos)

1934: *Panorama de la literatura actual* (Ercilla, Santiago)

1934: *Haya de la Torre o el político* (Ercilla, Santiago)

1935: *Vida y pasión de la cultura en América* (Ercilla, Santiago)

1935: *Breve tratado de literatura general* (Ercilla, Santiago)

1936: *La Perricholi* (Ercilla, Santiago)

1936: *La literatura peruana*. Tomo III. (Nascimento, Santiago)

1937: *Historia de la literatura americana* (Ercilla, Santiago)

1938: *Dialéctica y determinismo* (Ercilla, Santiago)

1939: *Garcilaso Inca de la Vega, primer criollo* (Ercilla, Santiago)

- 1941: *Balance y liquidación del 900* (Ercilla, Santiago)
- 1941: *Valdivia, el fundador* (Ercilla, Santiago)
- 1942: *El pueblo en la revolución americana* (Américalee, Buenos Aires)
- 1942: *Historia general de América* (Ercilla, Santiago) 2 tomos
- 1942: *Una mujer sola contra el mundo* (Ercilla, Santiago)
- 1942: *Un sudamericano en Norteamérica* (Ercilla, Santiago)
- 1943: *Los fundamentos de la historia americana* (Américalee, Buenos Aires)
- 1944: *Nueva historia de la literatura americana* (Américalee, Buenos Aires)
- 1944: *Breve historia de América* (Coli, México)
- 1945: *¿Existe América Latina?* (FCE, México)

1946-1957

A fines de 1946 inaugura su columna **Cuaderno de Bitácora**, continuada década tras década y publicada en diarios y revistas de todo el continente. Es Decano de la Facultad de Letras y luego Rector de San Marcos en 1946. Preside delegación peruana a la UNESCO. Nuevo exilio en 1948. Profesor visitante en diversos países (México, Puerto Rico, Cuba, Guatemala, Uruguay, Panamá, Colombia, Venezuela, Francia, EEUU y otros).

Libros publicados:

- 1948: *El señor Segura, hombre de teatro* (PTCM, Lima)
- 1949: *Reportaje al Paraguay* (Guaranía, Buenos Aires)
- 1950: *La tierra de Quetzal* (Ercilla, Santiago)
- 1951: *La literatura peruana* (Guaranía, Buenos Aires) Obra reescrita. 6 tomos.
- 1953: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (Gredos, Madrid)
- 1955: *Haya de la Torre y el APRA* (Del Pacífico, Santiago)
- 1957: *Escritores representativos de América*. 1ª. Serie (Gredos, Madrid) 3 tomos.

1958-1969

Cátedra temporal en Nueva York y París entre 1958-1959. Rector de San Marcos en 1961. Senador en 1963. Co-fundador del Parlamento Latinoamericano en 1964. Presidente del Senado y por 3ª vez Rector de San Marcos en 1966. Preside en 1968 la 52ª. Asamblea de la Unión Parlamentaria Internacional.

Libros publicados:

1958: *El Perú: retrato de un país adolescente* (Continente, Buenos Aires)

1960: *Aladino o vida y obra de José Santos Chocano* (Ed. Libro Mexicano, México)

1961: *La universidad no es una isla* (Villanueva, Lima)

1963: *El pecado de Olazábal* (Populibros, Lima)

1963-1969: (Folletos con discursos e informes parlamentarios diversos)

1966: *La literatura peruana*. (Nueva versión) Ediventas, Lima. 5 tomos

1967: *El doctor Océano. Don Pedro Peralta y Barnuevo* (UNMSM , Lima)

1967: *Una novela limeña* (1920). Sánchez y otros. (UNMSM, Lima)

1968: *Pasos de un peregrino, son errante*. Antología de J. Puccinelli (Villanueva, Lima)

1969: *Valdelomar o la belle époque* (FCE, México)

1969: *La universidad actual y la rebelión juvenil* (Losada, Buenos Aires)

1969: *Testimonio personal. Memorias* (Villanueva, Lima) 3 tomos

1970-1985

En 1970 la dictadura militar lo aparta de las funciones académicas y debe aceptar cátedras en el exterior. En 1975 integra el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana con sede en Madrid. Elegido a la Asamblea Constituyente en 1978: ejerce como primer vicepresidente de la Asamblea y como presidente de su Comisión Principal. Promulga la nueva Constitución en 1979. Miembro de la Academia Peruana de la Lengua y senador en 1980. Miembro de la Real Academia de la Lengua en América Latina en 1981.

Libros publicados:

- 1971: *Introducción crítica a la literatura peruana* (Villanueva, Lima)
- 1972: *Escritores representativos de América*. 2ª. Serie (Gredos, Madrid) 3 tomos.
- 1973-1976: *Historia comparada de las literaturas americanas* (Losada, Buenos Aires) 4 tomos.
- 1975: *Cuaderno de Bitácora*. Compilación de artículos por Willy Pinto G. (Mosca Azul, Lima)
- 1975: *América precolombina, descubrimiento y colonización* (Edaf, Madrid)
- 1975: *América, desde la revolución emancipadora hasta nuestros días* (Edaf, Madrid)
- 1975: *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena* (Ed. Unidas, Lima)
- 1976: *La polémica del indigenismo*. Sánchez y otros. Antología de textos (1926-1930) por M. Aquézolo. (Mosca Azul, Lima)
- 1976: *Escritores representativos de América*. 3ª. Serie (Gredos, Madrid) 3 tomos.
- 1976: *Mito y realidad de González Prada* (Villanueva, Lima)
- 1977: *Nuestras vidas son los ríos...* (UNMSM , Lima)
- 1977: *La juramentación de Darío Beltrán*. Ejercicio narrativo (Mosca Azul, Lima)
- 1977: *Escafandra, lupa y atalaya*. Antología de ensayos (ECH, Madrid)
- 1978: *Apuntes para una biografía del APRA* (Mosca Azul, Lima) 3 tomos.
- 1978: *Historia de una industria peruana. Backus y Johnston* (Científica, Lima)
- 1980: *La literatura en el Virreynato*. Tomo V de Historia del Perú (Mejía Baca, Lima)
- 1981: *Perú: nuevo retrato de un país adolescente* (Mosca Azul, Lima)
- 1982: *Correspondencia Haya-Sánchez* (Mosca Azul, Lima) 2 tomos
- 1983: *Los señores*. Relato esperpento (Mosca Azul, Lima)
- 1983: *Los burgueses*. Relato esperpento (Mosca Azul, Lima)
- 1984: *Los redentores*. Relato esperpento (Mosca Azul, Lima)

1984: *Pasajeros. PSNC Orcoma* (1928-1930). Relato (Print Color, Lima)

1984: *Política sin caretas*. Recopilación periodística. (Okura, Lima)

1984: *Los revoltosos*. Relato esperpento (Mosca Azul, Lima)

1985-1994

Líder parlamentario, presidente del consejo de ministros y vicepresidente de la República durante el período 1985-1990. Periodista de opinión en medios escritos, radiales y televisivos y conferencista. Nuevamente elegido al Congreso en 1990. Se dedica a sus libros y artículos tras el cierre del Congreso Nacional en 1992. Sufre crisis de salud en marzo de 1993 que no le impide proseguir su trabajo intelectual. Fallece súbitamente el 6 de febrero de 1994.

Ultimos libros publicados:

1985: *Conservador no, reaccionario sí: José de la Riva Agüero* (Mosca Azul, Lima)

1985: *Sánchez tiene la palabra. Testimonio parlamentario* (CDI, Lima) 3 tomos

1986: *Prólogos latinoamericanos* (CDI, Lima)

1987: *El Perú: retrato de un país adolescente. Nuevo retrato de un país adolescente*. (Revisados). *Flash de un país a punto de dejar de ser adolescente*. (Peisa, Lima)

1987: *Enseñanza, descubrimiento, educación y creación* (Desa, Lima)

1987: *Rigoletto, el sigiloso*. Anecdótico novelado. (Mosca Azul, Lima)

1987: *Testimonio personal*. (Mosca Azul, Lima) Nueva edición ampliada. 5 tomos.

1988: *Crónicas de Luis Alberto* (Desa, Lima)

1988: *La vida del siglo*. Antología de Hugo García S. (Ayacucho, Caracas)

1988: *Examen de conciencia*. Recopilación periodística por Ismael Pinto (Mosca Azul, Lima)

1989: *El coronel*. Relato. (Mosca Azul, Lima)

1990: *El joven Sánchez*. Antología de Ismael Pinto. (Desa, Lima)

1990: *El Perú visto por LAS*. Crónicas. Compilador Donald Henderson (Pachacútec, Lima)

1993: *Leguía, el dictador* (Pachacútec, Lima)

1994: *Sobre la herencia de Haya de la Torre*. Coautor Hugo Vallenás (Nova Print, Lima)

Libros póstumos:

1997: *A Bolívar*. Escrito en 1969. (Instituto LAS, Lima)

1998: *La literatura peruana*. Tesis universitaria de 1920 (Instituto LAS, Lima)

Libros aún inéditos:

Vida de Santa Rosa.

Palos de Ciego

Testimonio personal (tomo VII)

2. Luis Alberto Sánchez, narrador original

Sánchez nació en Lima casi con el siglo, el 12 de octubre de 1900, y falleció en esta misma ciudad el 6 de febrero de 1994. La extensa y relevante actividad que desarrollara como educador, investigador, periodista y político impulsa a asociarlo estrechamente con la prosa erudita, profesoral o proselitista. Se olvida que el denso tratadista de *La literatura peruana* y la *Historia comparada de las literaturas americanas*, fue también un literato sensible y además innovador.

Aproximándonos al Centenario del gran escritor y maestro, es importante rendir homenaje al género que recoge las páginas más valiosas y representativas de su amplio talento: la *biografía novelada*. Es a partir de Sánchez que la biografía novelada no sólo se inicia sino adquiere estatura genuinamente literaria en nuestro medio. Sin perder su indesligable vínculo con la investigación histórica y bibliográfica, se enlaza en forma y contenido con la narrativa de ficción. En todas ellas, la calidad literaria que exhibe Sánchez no es el resultado del rebuscamiento sino del deseo de llegar al público más amplio posible. Es una prosa directa, mundana, amena y de rico colorido. Como lo podrá comprobar el lector en la selección de «Valdivia, el fundador» que aquí acompañamos.

Sánchez y la narrativa

El *Boletín Escolar* del colegio limeño de los SS CC de La Recoleta da fe de la precoz vocación literaria de Sánchez –publica allí su primer cuento en 1909– así como su temprana afición por hilvanar la narrativa y la historia. Escribió en 1915 para el *Boletín* recoletano una interesante colección de *Siluetas* biográficas parcialmente recogidas por Ismael Pinto en su antología *El joven Sánchez* (1990).

En esas breves estampas Sánchez da más importancia a lo novelesco de cada personaje que a listar datos biográficos.

A los 20 años, siendo ya un prometedor intelectual y un cotizado periodista de opinión, Sánchez incursiona airoosamente en forma “oficial” en la creación narrativa al lado de plumas importantes como José Gálvez, Luis Fernán Cisneros, Ricardo Vegas García y otros, formando parte de un grupo de literatos convocados por el periodista Ezequiel Balarezo Pinillos (“Gastón Róger”). El propósito era escribir por entregas individuales, “sin plan ni acuerdo previo sobre la trama a seguir” una “novela limeña” en las páginas de *Hogar*. Sánchez aporta el quinto de los trece capítulos publicados entre agosto y diciembre de 1920, dando a la obra un sesgo hiperrealista, donde la ficción se confunde con incidentes y personajes bien conocidos por los limeños de esos días. Hilvana ficción y crónica. Esta curiosa *Novela limeña* de *Hogar* se publicó en 1967, con Colofón de Alberto Tauro .

Los años siguientes vieron a Sánchez hurtarle tiempo al político y al tratadista con narraciones siempre ceñidas a vivencias, recuerdos de terceros o documentos de época. *Sobre las huellas del Libertador* (Rosay, Lima, 1925) y *Pasajeros* (escrita en 1930, inédita hasta 1983) son relatos memoriosos, asimilables a cualquiera de los volúmenes de sus frondosas memorias, su *Testimonio personal. El pecado de Olazábal* (Populibros, Lima, 1963), *La juramentación de Darío Beltrán* (1977), *El coronel* (Mosca Azul, Lima, 1989) y el ciclo llamado “Relato esperpento” –en alusión a la idea de literatura libre de Ramón del Valle Inclán- formado por *Los señores* (Mosca Azul, Lima, 1983), *Los burgueses* (Mosca Azul, Lima, 1983), *Los redentores* (Mosca Azul, Lima, 1984) y *Los revoltosos* (Mosca Azul, Lima, 1984), se basa asimismo en situaciones verídicas donde apenas han variado algunos nombres y lugares por elemental discreción.

Esa persistente devoción por la narración verista, enlazada con la crónica o con la historia, según se trate de hechos recientes o pasados, es un *leit motiv* en la narrativa de Sánchez. No le convence y tampoco se aficiona por la literatura de ficción pura. Aboga por la fidelidad al terruño, al entorno, a lo vivido. No es partícipe, como confiesa en el primer tomo de *La literatura peruana*, en 1928, de “copiar cuadritos suizos e italianos” o “interpretar misticismos *fin du siècle*” y tampoco le agrada la literatura exenta de vivencia, “literatura de vallecitos costeños sin conocer siquiera la angustia del arenal” (pp. 82-83), así tenga pretensiones de denuncia social o política. Según Sánchez, “la literatura no se concreta a manifestaciones platónicas sino que tiene un profundo sentido humano que es preciso desentrañar” (pp. 13- 14). Igual opina de los críticos. En los primeros pasajes de su libro de ensayos *Vida y pasión de la cultura en América* (1935) reprocha a Marcelino Menéndez y Pelayo haber escrito una *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, desde Madrid, “sin haber aspirado el perfume de nuestras selvas... sin haber mecido la vista al compás ofidiano de una mulata, ni haberse encrespado al áspero y calino olor de una negra antillana”. De ahí el gran aprecio que Sánchez tenía por aquella literatura capaz de aunar, además de talento narrativo y audacia estilística, verismo vivencial y descarnada sinceridad.

El biógrafo colorista

Las biografías de Sánchez guardan entre sí un conjunto de rasgos distintivos. Además del verbo llano y sin rodeos y del dosificado empleo de las referencias documentales, el lector podrá comprobar que en todas ellas el personaje es retratado sin retoques, con todos sus méritos o deméritos terrenales. Otro rasgo común es la gran importancia que Sánchez da a la descripción de la época y a la presencia de otros personajes; el biografiado es uno más entre iguales, sin sobremesuras y sin omisión del escenario social. Destaca también el *grafismo*, la gracia descriptiva de situaciones y personajes, así como el sentido del *pathos*, de la emoción y la tensión dramática a lo largo de cada tramo biográfico.

Estas cualidades ebulen con entera libertad en sus *biografías noveladas*, biografías que siguiendo el ejemplo de Emil Ludwig, André Maurois, Stefan Zweig y otros escritores notables de la Europa de comienzos de siglo, pretendían popularizar la Historia, sin desmedro del rigor documental, sin superponerle ficciones gratuitas y sin dejar de crear novela en cuanto a la técnica narrativa. Tal es el caso de *Don Manuel; Garcilaso Inca de la vega, primer criollo; Valdivia, el fundador; Una mujer sola contra el mundo. Flora Tristán, La Paria; La Perricholi* y la obra póstuma *A Bolívar*. Sin embargo, aquellas biografías usualmente consideradas formales en los ficheros bibliográficos como *El señor Segura, hombre de teatro; Aladino o vida y obra de José Santos Chocano; Valdelomar o la belle époque* y *El doctor Océano* distan muy poco de las primeras en amenidad y llaneza.

Por ejemplo, *El señor Segura, hombre de teatro* (Lima, 1948), no obstante las inevitables digresiones sobre crítica literaria y las notas a pie de página, tiene todo el empaque de una narración, y se disfruta su lectura como si se tratase efectivamente de una novela. Basta prestar atención a las primeras líneas del Cap. I, que evocan los instantes postreros de la batalla de Ayacucho: “Nube entre las nubes, flotaba sobre el azul la blanquecina estela del último cañonazo. Los férreos tubos, fatigados de un largo ladrar, alzaban al cielo, desde sus roídas y mugrientas cureñas, las humeantes y enmudecidas bocas. De las cimas del Condorcunca, canosas de tanto invierno, descendía interminable cortejo de guerreros mohinos y desarmados, muchos de ellos luciendo vendajes y cabestrillos a manera de luctuosos oriflamas”.

En *Don Manuel* (Lima, 1930), su primera biografía novelada –y la primera de América Latina, siguiéndole en turno *Martí, el apóstol* (Madrid, 1932) de Jorge Mañach-- encontramos admirables ejemplos de concisión y a la vez precisión descriptiva. Bastan estas líneas iniciales del Cap. IX para invitarnos a recordar la ocupación chilena de Lima de 1881: “Aquel 17 de enero... enlutada y sombría, la capital aguardaba la dura suerte de la guerra”.

Quizás el aspecto más característico de las biografías de Sánchez anida en las descripciones fisonómicas. Así evoca el semblante de don Pedro de Peralta y

Barnuevo en el Cap. I de *El doctor Océano* (Lima, 1967): “Los ojos hundidos y fisgones, casi despectivos; nada voluntarioso el mentón; la mano con muchos relieves, de largos dedos; las piernas secas, poco airosas, bajo la ceremoniosa media negra; (...) una sonrisa burlona iluminaba aquella estampa de Felipe II rojinasón y de postiza y empolvada pelucota”.

Por momentos tales bocetos fisonómicos llegan a ser caricaturescos. Así ve Sánchez el entorno bohemio de Abraham Valdelomar en el Cap.XVI de *Valdelomar o La belle époque* (México DF, 1969): “Salvador Romero Sotomayor, un hombrecito pequeñín y flacucho, amarillo como un amancaes (...) soliloquiante como un sacristán desengañado; Fabio Camacho, *el dulce Fabio*, un zambo alto, carirredondo (...) de voz aflautada y ademán uncioso (...); Alberto Hidalgo, (...) insolente, procaz y huidizo, lo que ocultaba tras el despliegue de grandes ademanes viriles; (...) Percy Gibson (...) mefistofélico en su apostura de grulla; dipsómano, socarrón y lírico; (...) César A. Rodríguez, (...) feo y solemne como un huaco batrácico”.

Cada libro una historia

Algunas de estas biografías han sido motivo de pequeñas querellas intelectuales. Luis Alberto Sánchez publicó *Garcilaso Inca de la Vega, primer criollo* en 1939, con motivo del IV Centenario del nacimiento del autor de los *Comentarios Reales*. La mención “primer criollo” no gustó a diversos teóricos latinoamericanos del indigenismo. El argumento era el siguiente: si se entiende por criollos a los “españoles americanos”, defensores de una cultura distinta a la indígena, es obvio que a Garcilaso, racialmente mestizo y espiritualmente “Inca”, no le corresponde el concepto de “primer criollo”. Si la biografía en cuestión no ignora e incluso abunda en detalles sobre el origen y la personalidad de Garcilaso, ¿por qué ese título? Lo que Sánchez pretendía era situar a Garcilaso como el gestor y el primer expositor de una cultura de *síntesis* de la europea y lo americano. Para Sánchez la obra de Garcilaso no es indigenista ni anticolonial, no obstante su reivindicación de la pasada grandeza Inca: *es criolla*. El concepto proviene de José Vasconcelos, cuya obra *Indología* (1926) mantuvo su influencia en esos años.

Lejos de pretender agotar el tema, esta nota preliminar sólo desea referir algunos motivos importantes relacionados con la obra narrativa de Luis Alberto Sánchez. Es a la vez una invitación a leer sus libros, todos ellos apasionantes y representativos de una visión esperanzada de lo que el maestro llamó “un país adolescente”.

3. Introducción a «Valdivia, el fundador» de LAS

Luego de su biografía novelada dedicada al Inca Garcilaso (Santiago 1939), Sánchez decide retomar el género para rendir homenaje al IV Centenario de la fundación de Santiago de Chile con *Valdivia, el fundador*. Allí, en una escueta Dedicatoria explica que lo hace como tributo a la hospitalidad chilena durante su

exilio. Una nota de presentación de la editorial agrega que la obra tiene como móvil “dar amenidad a la historia documental, al par que documentación al relato novelesco”, exacta definición de lo que es la biografía novelada.

El capitán Pedro de Valdivia emprendió la segunda expedición española al sur del río Maule en abril de 1539, mientras nacía en el Cuzco el hijo mestizo del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, llamado a alcanzar la inmortalidad en las letras. Esta biografía novelada sigue el rastro del atrevido conquistador desde el inicio de la campaña chilena. Toda la gesta del capitán Valdivia será una lucha sin tregua, cruel, entre forasteros y nativos, cuyos hitos victoriosos para las armas castellanas son las ciudades fundadas: Santiago de la Nueva Extremadura, Concepción, Valdivia, Villarrica, Imperial, etc.

Por su proximidad temática y de época, por las amplias referencias al contexto histórico y por su peculiar manejo de las individualidades —el protagonista resulta ser un actor secundario permanente mientras cada capítulo tiene uno o más actores principales de fugaz participación—, *Valdivia, el fundador* forma de hecho un díptico con *Garcilaso Inca de la Vega, primer criollo* (1939). Un aspecto interesante tratado en *Valdivia, el fundador* es el peculiar vínculo de lealtad entre Valdivia y Pizarro no obstante sus disímiles personalidades. Nos aproximaremos a este tema en el siguiente extracto, que incluye asimismo una interesante semblanza de Diego de Almagro, jefe de la primera expedición española hacia Chile.



4. «Valdivia, el fundador» por LAS

Nota.- Han sido seleccionados los dos primeros capítulos, con sus títulos originales, correspondientes a las págs. 11 a 36 de la primera edición: *Valdivia, el fundador*, Colección Contemporáneos, Editorial Ercilla, 221 págs., Santiago de Chile, 1941; con Dedicatoria y breve nota bibliográfica del autor. La misma editorial realizó tres ediciones posteriores que reprodujeron fielmente la primera. No se ha publicado en el Perú.

Capítulo I

"Gente que a ningún rey obedece"

Aquella mañana, bajo el cielo fosco, preñado de tormenta, descansaban los soldados españoles, lacio el brazo, dormida la tizona, mientras por las calles de altos y sombríos muros destilando tiempo, marchaban con su rítmico trotecito, bajo la carga ineludible, cachos de piedra ellos también, los quechuas. Atmósfera incierta: la primavera no despuntaba todavía ni el invierno se resolvía a alejarse. Epoca indecisa: el pendón real ondeaba opaqueado por entre las imponentes moles de las fortalezas y palacios incaicos. Sobre algún parche ennegrecido de música y lluvias, redoblaban porfiados y nostálgicos palillos remedando, no marcha militar, sino aire de fiesta de la tierra lejana, lentos y retorcidos bailes de almea, violenta danza de maja retadora.

El caballo aquél paró las menudas orejas exhalando prolongado relincho en / mayor, al ver cruzar a su vera, gentilísima, arisca y remilgada, a una llama con más rizos que peluca de galaica corte. Pero, no todo era descuido, sin embargo. En un rincón de la plaza fruncían el ceño españoles sin duda descontentos. Cerca, se empinaban enhiestas algunas lanzas, como recordándoles que había también cierto lindero entre barba y barba, entre vencedores y vencidos. En la cima de un poste, verdusca y mal oliente, se desmigajaba una cabeza humana. Fúnebre pelambre circuía el rostro exangüe y envilecido. Persignó el cielo el guiño de un relámpago. Los rebaños de llamas y alpacas atravesaron la plaza, tratando de disimular su azoramiento con mal comprada dignidad. Desde la puerta del Colcampata destacó su perfil de legendario grifo el señor marqués don Francisco Pizarro. No asomaba solo ni estaba, al parecer, de buena guisa, pues hasta más allá del cortejo se oyeron sus voces:

—¡Ha de haber perdido el seso! ¿Por qué, si no, pretende abandonar su rica mina de Porco y trocar los doscientos mil castellanos que de renta obtiene por las doscientas mil hambres que pasó allá ese... digo, el Adelantado Almagro, cuando soñó conquistar a Chile?

El más audaz se atrevió a responder:

—Señor, el capitán Valdivia insiste...

—¿Qué ha de insistir cuando sepa la verdad de las cosas! ¿Habéisle dicho qué le aguarda?

—Se le ha dicho, señor...

—Entonces... algún demonio se le ha metido dentro del cuerpo, tal vez — Francisco Pizarro repasó las cuentas de su barba—, o tal vez sea ambición de mujer la que le empuja a cometer semejante locura,... Esa Inés de Suárez parece hembra capaz de revolverle el caletre al más pintado, así sea hombre aguerrido y de experiencia como el capitán Valdivia, a quien diz que la tal... sirve... y ama. Debe ser ambiciosa la tal...

—Y el capitán Valdivia, también.

—Mas, ¿no sabrá él que Pero Sancho de la Hoz pretende lanzarse a igual aventura y ha traído para ello pliegos del Rey Nuestro Señor?

—Lo sabe.

—¿Le han repetido lo que el cura Cristóbal de Molina cuenta de esa tierra?

—Se lo han repetido, señor.

—¿Ha oído algo de labios de los sobrevivientes que fueron con el Adelantado?

—Lo ha oído, señor.

—¿Le han dicho que el Inga, en sus más prósperos tiempos, tampoco pudo pasar más allá del Maule?

—Se lo han dicho, señor, y arguye que él llegará hasta el mismísimo Polo, sobrepujando a don Hernando de Magallanes...

Francisco Pizarro sigue acariciando las barbas, camándula de su perplejidad. Tiene el ceño apretado a fuerza de cerrar el albedrío a todo cuanto no sea insólito. Un rayo de luz muere en su bruñido casco, arrancándole destellos. Paso a paso, regresa a su habitación cuajada de hierros. El viejo conquistador no logra reprimir el gesto de impaciencia ni contener las palabrotas que le hierven en los labios. Un exégeta minucioso, relamido y póstero dirá más tarde que el descubridor del Perú *"se espantó del deseo de Valdivia dejando su rica mina"*, y el propio capitán don Pedro, años después, escribirá, desde La Serena, al emperador: *"Sepa Vuestra Majestad que cuando el Marqués don Francisco Pizarro me dio esta empresa, no había hombre que quisiera venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que truxo el Adelantado don Diego de Almagro que, como la desamparó, quedó tan mal infamada que, como de la pestilencia, huían della; y aún muchas personas*

que me querían bien y eran tenidas por cuerdas, no me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú".

"¡Gastar la hacienda que tenía!" Nunca ha de callar, en el osado capitán Valdivia, la voz de celoso contador que vela en él.

No le faltó razón al marqués para considerar con asombro el capricho de Valdivia, Por las callejuelas del Cuzco merodeaban las consejas sobre aquel país lejano y hostil y sobre aquella gente *"que a ningún rey obedece"*, cual diría un poeta, más tarde, venido a sufrir y a vengarse cantando sus breñas. Dos eran las fuentes de las inquietudes en torno al nombre de Chile: las dos, de opuesto origen, convergían en sus conclusiones. Incas y españoles sentían desasosiego, respeto y temor hacia la comarca de allende el desierto. Ninguno, el arcabuz ni la flecha, la borla imperial ni el yelmo conquistador, la chonta ni el hierro, habían tenido éxito al pretender sojuzgar a sus pobladores y, menos aún, a la naturaleza insobornable y bravía del Ande. Desde la yema de la tradición llegaba el eco de la ira de Túpac Inca Yupanqui, al ver a sus generales regresar desalentados de la primera empresa, contra la cual escollaba su señorío. En todos los oídos zumbaban los bisbiseos malcontentos de ese crecido ejército que, con don Diego, partió orgulloso y seguro a la conquista del Nuevo Reino de Chile, y tornó diezmado, enfermo de cuerpo y alma, vacías las manos que se tendieran cóncavas hacia el Mediodía, imaginando reales y accesibles las riquezas de que hablaban los enganchadores.

Síntesis del desgano quechua, cierto cronista mestizo recogería en páginas de oro su resentimiento: *"El buen rey Inca Yupanqui, aunque vio el poco o ningún fruto que sacó de la conquista de los chiriguanas, no por eso perdió el ánimo de hacer otras mayores. Porque como el principal intento y blasón de los Incas fuese reducir nuevas gentes a su Imperio, a sus costumbres y leyes, y como entonces se hallasen ya tan poderosos, no podían estar ociosos sin hacer nuevas conquistas, que les eran forzoso así para ocupar los vasallos en aumento de su corona como para gestar sus rentas que eran los bastimentos, armas, vestidos y calzado que cada provincia y reino, conforme a sus frutos y cosechas, contribuía cada año..."*, por lo cual, el dicho Inca *"acordó emprender una gran conquista que fué la conquista del Reino de Chile"*. *"Desde Atacama —prosigue el relato del glorioso Garcilaso— envió el Inca corredores y espías, que fuesen por aquel despoblado y descubriesen paso para Chile y notasen las dificultades del camino, para llevarlas prevenidas"*.

Túpac Inca preparó, entonces, diez mil hombres de guerra y los lanzó sobre la tierra inédita. Y mientras éstos marchaban rumbo a su infausto destino, preparó nuevas olas de chasquis, arqueros, macaneros y lanceros. Los mitimaes iban delante, abriendo trochas, apisonando caminos para que el ejército imperial pudiera maniobrar desembarazadamente. Así llegaron a *Copayapu* y ocupáronlo sin lucha. Luego, siguieron a *Coquimpu*, "a la cual sujetaron". Con cincuenta mil

hombres se apoderó del valle de Chile hasta el Maule, cubriendo más de 260 leguas de marcha, entre hostilidades del adusto paisaje y de los hombres, cada vez más agresivos.

Veinte mil hombres cruzaron el Maule e invadieron la provincia de los *Purumancas*, "*gente belicosa*". Mas éstos, aliados a los *Antalli*, *Pincu* y *Cauqui*, opusieron vigorosa resistencia "*determinados a morir*". Y el ejército quechua hubo de repasar el río, cubriendo desesperadamente su fracaso. De vuelta al Cuzco, los generales incas relatarían a su monarca la funesta historia de su derrota, agigantando la fama de los fieros *purumancas*, entre quienes "*los que están a la guerra dedicados no son a otros servicios constreñidos*". Inca Yupanqui acarició en su mente, entonces, la tenaz idea de robustecer su ejército y, acaso, de apartarlo de todo menester de casa o campo, oficios que no cuadran en el guerrero, azor de cercado ajeno, amamantado con crueldades y rapiñas.

Al amor de la lumbre, todavía referían los ancianos quechuas hazañas habidas durante la tremenda empresa.

Y, como respuesta de otro coro —el de barbas y arcabuces—, replicaban los sobrevivientes de la expedición de Almagro con relatos descomunales de su también fallido empeño.

Partieron del Cuzco, en esotra memorable ocasión, alrededor de quinientos (dicen otros doscientos y algunos cuatrocientos) hombres de guerra, decididos como siempre, a jugarse la vida a cara o cruz. Chile reeditaba el clásico señuelo de otros días: "por aquí se va al Perú (ahora Chile) a ser ricos". Exhausto el rescate de Atahualpa, había que buscar nuevas fuentes donde saciar la inmitigable sed de tanta avaricia despierta.

Partieron, pues, quinientos —doscientos de a caballo y trescientos infantes—, llevando como conductor al más valeroso de todos los capitanes, al más ingenuo también, al tuerto Almagro, coautor de las hazañas de Piura, Tumbes, Cajamarca, Jauja y Lima. Prenda de su certidumbre en el éxito, cabalgaba a su flanco un jovenzuelo de menos de veinte años, moreno y arrogante, a quien el viejo miraba con acendrado afecto: su propio hijo.

Era, acaso, su más dulce y tierna ligadura con el mundo. Representaba no sólo un ardiente aunque pasado amor de sus días de incertidumbre, sino que en él revivía cierta historia que amargó mil noches del viejo y bronco don Diego.

Allá, por 1493—así empezaba la conseja—, al año siguiente del primer viaje de Colón, cuando, decidido a encararse a la suerte, resolviera meterse en una carraca envelada, a desafiar vientos y oleajes, rumbo a las maravillas descubiertas en Guanahaní, traía, clavada en el pecho, una saeta. Cada aurora, lejos de cauterizar, reabría la llaga del venablo. Poco tiempo antes, instado por doña

Sancha López del Peral, de cuyo seno mamó las primeras leches, había acudido a la casa de un tal Cellinos, cuya mujer, según le susurrara Sancha, era nada menos que la mismísima madre de Almagro.

—Perdona, hijo mío, pero ya es tiempo de que conozcas la verdad de tu linaje, y te lo diré yo, sin reticencia. Tu madre llámase doña Elvira Gutiérrez, a quien sedujo, siendo ella adolescente, el copero Juan de Montenegro, al servicio del maestre de Calatrava don Rodrigo Jirón. No pudieron ocultar sus amores, hijo mío; y don Pedro Gómez de Espinosa, de aquella misma casa, enrostró a don Juan su avilantez y su lujuria... Por lo que, a fin de no cubrir de vergüenza a tu madre, la infeliz, enviáronla a esta mi casa, donde yo también estaba preñada, y cuando parí a mi hija Catalina naciste tú también, y a ambos os di el pecho, por igual como a hijos míos, y tú eres, por tanto, Diego Montenegro Gutiérrez, y tu madre casó con un tal Cellinos, a donde debes ir a verla, y si te dicen Diego de Almagro, y no tu apellido, es porque no se ha querido ensombrear ni con la sombra de un ala la bien merecida dicha de doña Elvira. Pero, tiempo es de que te conozca y que la veas, y le pidas consejos, y le cuentes lo que te propones...

¡Mejor no la hubiera oído Diego de Almagro! Acudió, en efecto, a casa de doña Elvira, y topóse con rodeos y subterfugios, y sustos, y sombrías amenazas, y le recibieron furtivamente, como a criminal, y tuvo en sus labios y en su frente los besos frenéticamente desolados de una mujer hermosa y aún joven que le miraba con ojos de angustia, y que, al decirle "hijo", tenía la voz blanda de sollozo y miedo, y al propio tiempo, engolada, con un estiramiento de quien recibe a un intruso, de mala gana.

No volvió más. Apenas tenía catorce años el expósito, y ya se le brindaba el destino sin fingimientos ni hipocresías. Abrió con firme mano su futuro, puso pie a bordo y se lanzó a las Indias Occidentales.

Ahora, este hijo suyo, mozalbete también, de enrevesada sangre, habido en fogosos arrebatos con esa inolvidable Ana Martínez, india de Panamá, era como la viva imagen de su adolescencia. ¿Abandonarlo, pues? ¡Jamás! Y helo aquí, pegado al ijar de su caballo, montando uno de menos bríos y mañas que los bridones de guerra, luciendo su alborear en medio de quinientos veteranos, rudos y ambiciosos, bajo cuya mirada caminaban, portadores de bastimentos, centenares de indios sometidos.

Almagro había salido así con sus hombres *"bien aderezados, año de 1536, quedando por señor en el Pirú, Francisco Pizarro"*.

Los guías indígenas los condujeron hacia Copiapó, pero, antes, precisaban pasar *"ochenta leguas de despoblado, faltar de yerba y de agua, sino era en unos pequeños pozos, que llaman jagüeyes, de agua salobre y, mala"*. Nada detuvo al audaz. Se encaminó por la provincia de Tupiza, en medio de desiertos y riscos. Atravesó la Cordillera Nevada. Entre escaramuza y escaramuza con los hombres, hubo de enfrentarse también a la tempestad *"de frío y aire envuelto con nieve"*. Y así, *"no teniendo dónde abrigarse perecieron más de ochocientas personas, que*

llevaban de servicio, indios del Pirú, sin poderlos favorecer”; según escribiría Góngora y Marmolejo. El clérigo Cristóbal de Molina, que con don Diego andaba, reuniría los funestos recuerdos de aquella romería, más peregrinaje de penitentes en busca del Santo Graal a que ofrecer sus sacrificios, que expedición de gente de armas, decididos a capturar el vellocino de oro. Caminaron, caminaron, cayendo y levantándose. Junto al viejo, el mozo daba ejemplo de dignidad y entereza, Pasaron a la región del Aconcaqua, siempre son el ojo puesto en el miraje de una riqueza insospechada. De pronto, vieron surgir ante sí, trasgo increíble, curtida la tez por vientos y andanzas, a un hombre blanco, jefe de un pueblo de aborígenes. Pedro Calvo (o Barrientos) llamábase aquel ser misterioso, perdido entre las comarcas araucanas. Convertido en régulo de su tribu, prestó mucha ayuda a sus compatriotas, y además se paga contándoles sus cuitas. Fugitivo, a consecuencia de un hurto por cuyo delito le cortaron las orejas, huyo del Perú para no ver ni ser visto nunca más de españoles, y no fue a parar hasta Chile. Y como entre los mismos indios se suscitaban pendencias por rivalidades locales, eco a su vez de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, aprovechó de tal coyuntura para propagar terribles nuevas acerca del poderío de los blancos que, al par de favorecerlo a él, aumentaban el prestigio de los conquistadores y el pánico que ante sus armas sentían los nativos.

Mas, el maravilloso y apetecido tesoro no aparecía por parte alguna. Antes bien, el lenguaraz Felipillo que acompañaba a la expedición, diola en sembrar desconfianza y desaliento, por lo que Almagro, que no se paraba en chiquitas, mandó que lo descuartizaran. Al mismo tiempo, los más conspicuos de sus acompañantes indios le iban abandonando. Uno de ellos, el *Villac Umu*, cuya autoridad valía por todo un ejército, desapareció del campamento, cierta noche, sin dejar rastros tras sí. Los negros que integraban el cuerpo auxiliar, se vieron en la necesidad de ejercitarse como rancheadores y verdugos. Mala consejera, la ira: peor aún el despecho: ambos movieron a don Diego a talar campos y destruir poblachos, matando sin compasión, cuando, emprendido ya el agobiador retorno al Perú, el fracaso dictaba cada anochecer las peores sugerencias.

"No le pareció bien la tierra por no ser cuajada de oro". Y Almagro el Mozo aprendió, a temprana edad, que la conquista del bienestar justifica cualquier felonía, aplicando desde entonces su existencia a conseguir aquélla y adiestrarse en ésta.

Huella de toda la frustrada gesta, quedó en el recuerdo de los araucanos el odio contra los españoles, y en los españoles una desconfianza absoluta acerca de toda posible ventura en tierras de araucanos.

Nada de esto achica el espíritu del capitán Pedro de Valdivia, ni amengua la expectativa de la garrida Inés de Suárez que le acompaña. En vano sus amigos le han representado que será mejor, hasta dentro del orden jurídico, dejar que Pero Sancho de la Hoz, de voracidad bien conocida, se lance por su cuenta a la ventura, y él, Valdivia, vaya pisando sus talones, acechando el instante de

éxito o desmayo para convertirlo en beneficio propio. Inútil. Valdivia conoce bien a los soldados de la conquista y sabe que si el éxito corona las pretensiones de Pero Sancho, a él no le quedará otro papel que el de segundón, tenido a menos; y que si Sancho fracasa, sumado el nuevo descalabro al de Almagro, no le será posible levantar nuevas huestes para su fin. Inés de Suárez le acucia con sus consejos. ¿De qué le valdrá haberse jugado la vida si ha de resignarse a no ser más que asentista o corregidor? Ya que se dio el paso, el duro paso de abandonar casa y sosiego, ya que expuso la vida en la travesía del mar, en la campaña de Venezuela, en la conquista de Charcas, después de ganar cicatrices y experiencias en Milán y Pavia, ¡a buena hora va a detenerse el ímpetu de ese dado humano sobre el tapete de la casualidad!

¡Que no y que no! No. Pedro de Valdivia insiste, echando con cajas destempladas a quienes pretenden disuadirlo. ¡Que no! Inés de Suárez merodea mientras él discute con los emisarios de Pizarro y de Sancho. Hay tal intrepidez, tal cerrada decisión en el rostro del capitán, que no es posible dejar de consultar los ojos de la hembra, también impasible, pétrea, inconvencible.

—Habrá que buscar a un leguleyo para interpretar los Reales Papeles que diz trae don Pero Sancho, si el marqués desea pasar sobre ellos y complacer al capitán Valdivia.

—Id a buscar, desde ahora, al leguleyo... o al fraile, señor don Juan.

Inés, que ha venteado ya la solución favorable, se vuelve hacia don Pedro y le taladra con los ojos.

El capitán Valdivia se deja caer sobre un taburete y prosigue estudiando informes y reclamaciones sobre el ambicionado reino en donde mora esa *"gente que a ningún rey obedece"*.



4. «Valdivia, el fundador» por LAS

Capítulo II

La Promesa

“Por el mes de abril del año de 1539 me dio el marqués la provisión y llegué a este valle de Mapocho por el fin de 1540...”

Frase de respiro, después de cumplida la jornada. El ayer, como los altibajos de un tránsito fructuoso, adquiere actitud de sonrisa. Pero, en las cabezas, espíritus y frentes de los compañeros, dejó la tremenda travesía canas, amargor y arrugas.

Porque no fue empresa fácil conseguir que Pero Sancho, hombre tozudo y de experiencia, cediera un ápice ante el terco capitán Valdivia. Y no le resultó sin complicaciones al propio marqués Pizarro decidirse en pro del último, teniendo como tenía fresco en su memoria el recuerdo de la ayuda que, otrora, le significara aquel Pero Sancho, cuando anduvo a su vera a guisa de secretario y asistió como testigo, actuario y partícipe al reparto del rescate de Atahualpa.

Mas, habiendo frailes en torno —y de contera, escribanos—, todo bosque era orégano, y toda abruptez, llaneza. Mientras Sancho de la Hoz levantaba el tono protestando contra semejante despojo, don Francisco desempolvaba, a la luz de sus secuaces, cierta Real Cédula de 1537, dictada en Monzón, refrendada por don Francisco de los Cobos, secretario del Real Consejo Secreto, en la cual le ordenaban nada menos que poblar “Nueva Toledo o las provincias de Chile”.

—El rey lo manda, y delito sería desobedecerle —sentenció cazurro un rábula.

El marqués mandó llamar entonces al capitán Valdivia y a Pero Sancho para que en presencia suya resolvieran sus distingos y acataran la voluntad del monarca, traducida por Pizarro...

Pero Sancho no cedería tan de primeras. Sus títulos, obtenidos después de la prueba de Cajamarca, indicaban que el rey le había dado poder *“para reducir y, gobernar aquel país hasta el Maule”*; al par que autorizara a Alonso Camargo, hermano del obispo de Palencia, a proseguir más al sur. Lo cual, sin embargo, estaba contradicho por otras provisiones reales, como la que en Monzón, entregaba al conquistador del Perú el realizar igual empresa en el valle de Chile.

Desde luego, para escribas y letrados aquello daba pie a largo proceso, con multitud de rúbricas, enredijos, ergos, protestos, diferendos y otrosíes; mas Pizarro, como Alejandro,

tenía espada para tajar el nudo gordiano de esas dos voluntades ambiciosas y contrapuestas. Valdivia, encomendero de Porco y rico hombre, se enfrentaba así a Sancho, igualmente rico hombre, usufructuario de 400,440 pesos oro en el reparto de Cajamarca y depositario de los secretos de Francisco de Jerez hacía ya seis años. En los meses que anduvo a la vera de Pizarro, había aprendido Sancho a conocerle, de suerte que se hacía pocas ilusiones sobre los resultados de la disputa si, como Breno, el marqués estaba resuelto a echar el peso de su espada en uno de los platillos de la balanza. Para evitarlo empezó a intrigar.

Ayudaban a Sancho sus relaciones peninsulares, por lo que le convenía, ante todo, ganar tiempo. Era casado allá con *"una señora de mucha suerte llamada doña Guiomar de Aragón"*; y había estado bebiendo aires de intriga palatina desde 1536 hasta 1539 en la Corte. A costa de enredos y petitorias consiguió aquella Cédula real *"para navegar del Mar del Sur hasta el estrecho de Magallanes"*, lo cual no era lo que discutía Valdivia, quien deseaba poseer antes que navegar. Y, como son verbos distintos navegar y poseer, los doctores y cagatintas encontraron ancho campo para iniciar sus acostumbrados gatuperios y trapacerías en derredor de los conceptos...

Sancho se dio cuenta de la trampa abierta a sus pies. Por eso había volado presuroso hasta el Cuzco, en aquellos meses de 1539, tratando de invalidar el permiso acordado a Valdivia para expediciones sobre Chile,

El marqués, siempre tironeándose las barbas, paseaba de un lado a otro de su alcoba.

—¡Leed, leed! ¡Haremos lo que la Real Cédula mande, y nada más que lo que ella mande, pues tal es la voluntad del Rey Nuestro Señor!.

Valdivia bocetó una sonrisa, mientras Sancho fruncía el ceño, descubriendo tras las respetuosas palabras del conquistador, un oculto dejo de ironía.

Leyó el secretario, Entre Pizarro y su teniente cruzaron una mirada. El rey había concedido permiso al capitán Pero Sancho de la Hoz para explorar y navegar *"sin que entréis en los límites y parajes de las islas de tierras que están dadas en Gobernación a otras personas a conquistar, ni gobernar, ni recalar"*. (*"Más allá del Estrecho ya no había reticencia alguna"*, comenta un eclesiástico historiador.)

Valdivia hizo un gesto expresivo, encogiéndose de hombros. Sancho comprendió la ineficacia de todo debate en ese instante. Nunca hubo mejor coartada que aquélla. Y se marchó; cabizbajo, rumiando en su impotencia de ahora su venganza de mañana.

Era el 28 de diciembre de 1539, día de los Santos Inocentes. Estaban en el comedor de la casa del marqués en el Cuzco. Su autoridad subrayaba la firma del pacto entre ambos. Valdivia partiría a la conquista de Chile, inmediatamente, y Pero Sancho le alistaría, entretanto, en Lima, cincuenta caballos más y arreos militares, amén de nuevas gentes.

A la salida, trazadas las rúbricas y cruzadas las manos en promesa y despedida, Francisco Pizarro murmuró sentencioso y cortante:

—"Mire, tan necio viene Pero Sancho de España como fue; no tengo yo por de tan poco sostén a Pedro de Valdivia que no sepa lo que le conviene mejor que Pero Sancho que es un asno; e por intercesión de Pedro de Valdivia fui yo contento que ficiese el Pero Sancho compañía con él esta jornada, pero sus cosas de Pero Sancho no son de hombre, e así no ha cumplido cosa de los que puso con Valdivia, ni puede, e por esto, porque conozco el valor de ambos, digo lo que he dicho, que no me quite el sueño".

Pero nadie acudía al llamamiento de Pedro de Valdivia. Tierra de *"pestilencia"* y *"mal infamada"* aquella del sur, donde los hombres de Almagro dejaran el desierto blanqueado de huesos.

Sancho, por su parte, contribuía con murmuraciones y chismes a desalentar a los audaces. Inés de Suárez se lanzó a la calle, haciendo lo imposible por reclutar voluntades. La gente la oía, pero, luego, recordaba aquel fúnebre regreso de los brillantes soldados de don Diego, y, al instante, moría el entusiasmo.

Como no se encontraba muchos audaces que se arrojaran a la aventura, Pedro de Valdivia pidió permiso para apelar a los desesperados que yacían en las provincias de Chunchos y Chiriguanas. Los sesenta hombres enganchados en Charcas y Cuzco lo estaban sólo de palabra, pero con palabras no se domeñan tribus feroces ni se sujetan extensos territorios. Indios auxiliares no le faltaban, pero tropa escogida de españoles, sí, y sin ella, todo fracasaría. Bajo cuerda, Francisco Pizarro trataba de ayudarle, de suerte que cuando el capitán pidió autorización para realizar enganches en aquellas provincias, al instante halló amparo. De otro modo, la empresa quedaría condenada al fracaso.

Pedro de Valdivia invocó a sus antiguos compañeros. Dirigió misivas, hizo visitas, usó de toda clase de argumentos y artilugios, hasta congrega el pequeño núcleo de suicidas que iban a rehacer la marcha de Diego de Almagro.

Gran parte de la expedición la constituían soldados provenientes de las huestes de Pedro de Candia. De la provincia de los Chunchos acudieron Francisco de Aguirre, Jerónimo de Alderete, Santiago de Azócar, Juan Dávalos Jufré, Juan de Carmona, Juan Fernández de Alderete, Francisco de Villagra, Rodrigo Quiroga y numerosos criados. Al punto Valdivia organizó su estado mayor, nombrando Maestre de Campo a Alvar Gómez; Sargento Mayor, a Alonso Monroy; Alferez, a Pedro Miranda; Capitán de Caballería a Francisco de Villagra; Capitán de Piqueros, a Rodrigo Quiroga, y, representando el brazo eclesiástico, llamó a su lado a González Marmolejo.

Cuando todo estuvo listo, se juntaron una mañana en la plaza del Cuzco para asistir a un oficio que, en la catedral, ofrendaría el obispo Vicente Valverde.

Pero Sancho mascó, sin duda, rabioso este nombre:

—¡El padre Valverde! Me parece verlo todavía aquel día de Cajamarca...

La imagen de la Biblia por el suelo y a Valverde azuzando a la mesnada de Pizarro contra el Inca indefenso, era de lo que no se borraría nunca de la memoria de quien lo vio.

El coro en la iglesia salmodiaba un *Laude*. Frente al altar, Pedro de Valdivia, agachada la cabeza testaruda, brinda al Altísimo sus futuros holocaustos.

Sellado su pacto con el Todopoderoso, acordó dedicar el primer templo que erigiera en Chile a la Virgen de la Asunción, y la primera ciudad, al Apóstol Santiago, protector de los ejércitos ibéricos.

Todo parecía así concluido en santa paz. Salían los oficiales de la iglesia, cuando uno de ellos se detuvo ante una mujer, robusta, tostada por el sol, treintañera, de ojos penetrantes y desenvuelto ademán, Rodrigo Quiroga se la quedó mirando, como suspenso. ¡Una mujer blanca, y libre! Alguien le tocó el codo invitándole a seguir adelante:

—Es Inés de Suárez, la viuda aquella... la que acompaña al capitán Valdivia a sobrellevar tantas aflicciones —quebróse de mofa el susurro.

En la plaza se reunían grupos de soldados. Cruzaban por ella, como siempre, los indios quechuas, carga al lomo, trotecito rítmico hiriendo el suelo, levantando polvo, llenando el aire de color y pena.

Pedro de Valdivia volvió arrebolado a su casa.

—Al fin, marcharemos.

—Iré con vos —interrumpió Inés.

Él la miró largamente. Desde Venezuela la traía consigo, como su sombra. Pero Chile era palabra a la sazón de mal agüero.

—No, mejor no; la jornada será muy dura. . .

—Peor sería el esperar.

Él la miró de nuevo largamente:

—A prepararse, entonces, que saldremos enseguida.

Y salieron poco después.

—Después de todo, el marqués paga los favores recibidos...

—¿Favores de quién?

—Del capitán Valdivia...

Empezó al punto a circular por el campamento el relato de las hazañas de éste. No todo era sincero, ni mucho menos. Por ejemplo, se afirmaba que años antes, no obstante ejercer la maestría de campo del ejército de Pizarro, Valdivia no titubeó en entenderse con Diego de Almagro, quien volvía de Chile. En esos contubernios aprendió cosas no sospechadas. Supo que la sierra del Sur no se parecía a la del Norte porque sus pobladores no se resignaban, ni en apariencia siquiera, a soportar el yugo extranjero, y porque en el desierto se embotaban los impulsos como las flechas en los acolchados petos de los guerreros.

Pero el capitán Valdivia traía de Italia algo más que experiencia de guerra: astucia. Al romperse hasta lo hondo la amistad entre el marqués y don Diego, y cuando se realizaba la entrevista de Mala, en donde Hernando quiso apoderarse del rival de su hermano (el cual rival fue advertido de lo que se tramaba por la intencionada copla de un soldado adicto que desparramó al viento aquello de: *"Tiempo es el caballero, —tiempo es de andar de aquí —que me crece la barriga —y se me achica el vestir"*), Valdivia, hombre de golpes de mano sobre seguro, y a veces a mansalva, aconsejó a Pizarro que cortara el viaje de Almagro y, sin tardanza, se dirigió con un escogido puñado de hombres a estacionarse en la altura de Guaytará, pues por ahí tenía que pasar el fallido primer conquistador de Chile. No aceptó el marqués semejante treta, en raptó de incomprensible lealtad. Dio orden de seguir hacia Ica, y don Pedro masculló, malhumorado, cosas feas sobre la tontería de los guerreros cuando se vuelven pastores, y predijo la lucha que no tardaría en quebrar todo lazo de amistad entre los dos protagonistas.

Por eso, luego, Valdivia se puso del lado de Hernando, quien sostenía el criterio de llevar a cabo una campaña implacable contra Almagro. Cuando las dos huestes se enfrentaron definitivamente en Las Salinas, Valdivia empuñaba el estandarte real y dirigía las operaciones de su bando. No se inmutó tampoco al saber que Hernando había dado garrote, entre las tinieblas de la cárcel, al viejo y heroico Almagro. *"A los enemigos no se les puede tender puente de plata, cuando son débiles"*—le susurró al oído cierto viejo proverbio aprendido quizá en Milán. Como premio a su conducta y su silencio, recibió la encomienda de Charcas, mas, por cierto, no sin trabajo, pues le fue preciso, antes, conquistar y domeñar la sierra. Al recordarlo más tarde, diría a sus apoderados, ante la Corte, en su ejecutoria de soldado en América: *"Informar... cómo conquisté dos veces las provincias del Collao e las Charcas, e ayudé a poblar la villa de Plata en ellas e traje de paz toda la sierra... Y de cómo el dicho marqués Pizarro, en remuneración de los servicios*

que a S. M. hice en término de cuatro años que trabajé en lo dicho, me dio en depósito y encomienda el valle todo llamado la Canela que después que yo lo dejé lo dio al capitán Peranzures, e a su hermano Gaspar Rodríguez y a Diego Centeno..." "Y así mesmo ayudé a descubrir las minas de plata en el cerro rico y asiento de Porco, e hube en él una que ha valido cada año más de doscientos mil castellanos de renta."

Al lado de Valdivia, en casi todas aquellas empresas, estuvieron sus dos primos, los Alderete, y otros individuos, de ninguno de los cuales se olvidó en las horas de bonanza. No bien llegado a Chile, se apresuró, pues, a distinguir a Gaspar Orense —conmilitón suyo y de Gonzalo Pizarro— en las jornadas del Canelo, y le dio en encomienda un cacique y mil quinientos indios, *"cuarenta leguas de esta ciudad de Santiago"* y de igual modo procedió *"con todos los servidores e criados del marqués, mi señor, y del señor Hernando Pizarro y de Vuesa Majestad"*.

—Pero Sancho de la Hoz está perdido sin remedio —repetía el chismerío público.

—Ojalá don Pedro le sea tan fiel al marqués cuando ya no pueda colmarle de favores —murmuraban los partidarios de Sancho de la Hoz.

—Lo será, porque mi capitán Valdivia es de los hombres de una sola palabra...

—De una sola palabra y mil caras...

—Repetidlo y me daréis cuenta de vuestra calumnia...

—Os lo repito.

—Decid. . .

—Oid...

—Tomad.

—Venid.

El tiempo, esta vez por excepción, desmintió a los malpensados. Llegado el caso, Pedro de Valdivia mandó tributar toda clase de honras a Francisco Pizarro, asesinado por los partidarios de Almagro: pidió que se le entregaran sus hijos para cuidarlos como propios, y, mucho más tarde, en 1543, escribiría a Gonzalo, desde Santiago: *"De la muerte del marqués, mi señor, no hay que decir sino que la sentí muy dentro del ánimo, y cada vez que me acuerdo, lloro en el corazón lágrimas de sangre"*.

